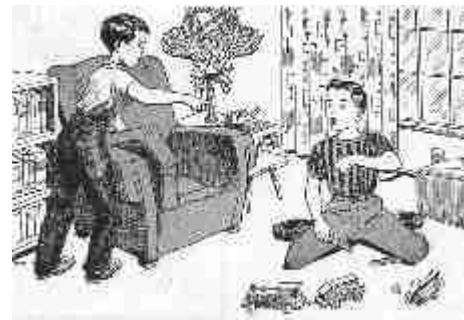


EL CORTAPLUMAS PERDIDO

JORGE tenía un cortaplumas nuevo. Tenía un cabo muy lindo, de nácar, y tres hojas filosas y brillantes. Era exactamente lo que el muchacho había deseado desde hacía tanto tiempo que ya no recordaba cuándo había visto por primera vez un cortaplumas como éste y deseado que alguna vez pudiese tener uno así.



Pero, naturalmente, era entonces demasiado pequeño para tener un cortaplumas. Así que todo lo que podía hacer era mirar con mucho anhelo los cortaplumas expuestos en los escaparates de las ferreterías.

-Algún día tendré un cortaplumas exactamente como éstos -se decía.

Ahora su sueño se había realizado. Su tío Daniel le había dado este bonito cortaplumas para su cumpleaños, y ya le había hallado muchos usos. A veces había que cortar un cordón, o hacer un agujero en un cartón, cortar una rosa para mamá, o reparar el silbato del tren de madera con que jugaba su hermanito. Eran muchas las cosas que podía hacer con ese cortaplumas a medida que pasaban los días.

Jorge lo había encontrado dentro de un paquete, al lado de su plato, cuando fue a desayunar esa mañana. Tan pronto como hubo desayunado, empezó a probar las hojas del cortaplumas. Mientras estaba arreglando el tren para Robertito, Eduardo, su mejor amigo, vino a jugar con él.

-Mira mi cortaplumas nuevo -exclamó Jorge tan pronto como Eduardo entró.

Este último tomó el cortaplumas, le dio vueltas, mirándolo de un lado y del otro.

-Es muy lindo -dijo el muchacho-. me gustaría tener uno igual. Pero déjame ayudarte a arreglar eso -y diciendo esto, puso el cortaplumas sobre el brazo de un sillón.

Juntos procuraron acomodar una chaveta de madera en uno de los vagones del tren.

-Parece demasiado grande -dijo Jorge-, mejor será que la achique un poco -y extendió la mano para tomar el cortaplumas.

Pero éste no estaba más en su lugar. Miró a Eduardo y le preguntó:

-¿Dónde está mi cortaplumas? Eduardo lo miró sorprendido y le dijo:

-Estaba aquí. Lo puse sobre el brazo del sillón. Estoy seguro que lo puse allí.

-Si lo hubieses puesto, estaría todavía -contestó Jorge-. Yo no lo toqué, y no ha entrado nadie.

-Pero yo lo puse allí -insistió Eduardo, señalando hacia el brazo del sillón.

-Entonces, ¿dónde está? -preguntó Jorge.

-Yo no sé -fue la respuesta-. Yo no lo toqué después que lo puse sobre el sillón.

-Pero debes haberlo tocado -arguyó Jorge-. No había otra persona aquí y el cortaplumas ha desaparecido.

-Yo no tomé tu viejo cortaplumas -dijo Eduardo, ya molesto-. Y será mejor que no me acuses.

Jorge también empezaba a irritarse, y dijo:

-Esa clase de bromas no son lindas. Dame mi cortaplumas en seguida.

-Yo no lo tengo, te digo -repitió Eduardo.

Jorge corrió a la otra pieza y dijo excitado:

-Mamá, Eduardo tomó mi cortaplumas y no me lo quiere dar. Se lo quiere guardar.

La mamá miró sonriendo al muchacho airado y contestó:

-Debe haber algún error. Eduardo no es de los que se apoderan de lo que no les pertenece.

-Pero lo tomó -insistió Jorge-. Me lo robó. Lo ha hecho desaparecer.

-Espera un minuto -dijo la madre con severidad-. ¿Lo viste tomarlo?

-Yo se lo di -contestó Jorge-. Luego seguí trabajando con el tren; cuando necesité nuevamente el cortaplumas, él dijo que lo había puesto sobre el brazo del sillón grande. Pero no lo había puesto, porque no está allí. No hay otra persona en la pieza. El no dice la verdad. Se apoderó de mi cortaplumas.

-¿Te apoderarías tú de algo que perteneciera a Eduardo? -preguntó la mamá.

-Por supuesto que no -contestó Jorge airado-. Yo soy honrado. No robo.

-Eduardo también es honrado -dijo la mamá-. Nunca he sabido que se haya apoderado de algo que no le pertenece. Y estoy segura de que le duele mucho lo que has dicho. Vamos a ver si podemos descubrir lo que sucedió con tu cortaplumas.

-¡Hola! Eduardo -dijo amablemente la Sra. Bustamante-. ¿Dónde pusiste el cortaplumas?

-Aquí mismo -dijo el muchacho señalando el brazo del sillón-. Yo no me lo guardé. Le digo la verdad.

-Yo sé que no lo guardaste -dijo la mamá de Jorge, e hizo girar el sillón y sacó el cojín.

-No está allí -dijo Eduardo-. Yo ya he mirado.

La Sra. Bustamante continuó mirando, dió vuelta al sillón poniéndolo de costado, y al hacerlo, los niños oyeron que algo golpeaba en el interior del sillón. La Sra. Bustamante puso la mano entre los resortes, luego la sacó, y en ella estaba el cortaplumas.

Jorge se quedó asombrado y exclamo:

-¡Entonces Eduardo no lo tenía! ¿Pero cómo llegó allí? Ya Sé -dijo después de pensar un momento-. Yo me senté sobre el brazo del sillón un momento y debo haberlo hecho caer de tal manera que se fue allá abajo.

Y volviéndose hacia Eduardo le dijo:

-Lamento mucho haberte acusado de haberlo robado. Te pido perdón.

-Estás perdonado -contestó Eduardo-. Yo me entristecí porque pensabas que yo lo había guardado, pero estamos en paz.

-Sin embargo, podría haber sido de otra manera -dijo Jorge-. Supongamos que no lo hubiésemos encontrado por mucho tiempo y yo hubiese seguido pensando que tú eras un ladrón. La próxima vez que pierda algo, tendré mucho cuidado de no acusar a nadie.

-Esa es una buena decisión -dijo la mamá-. Espero que siempre te acordarás de ella.

Jorge la miró sonriendo y poniendo los brazos alrededor de Eduardo prometió:

-La recordaré. Casi perdí a mi mejor amigo por haber sacado una conclusión antes de conocer los hechos.